

Hasta ahora aquellos pueblos no han visto más que las páginas muy atrasadas de Tomás Gage ó los estudios del Barón de Humboldt, muy buenos ciertamente, pero que no pudieron ser hechos sino sobre un pueblo esclavizado todavía. Además, el ilustre sabio daba mayor importancia á sus indagaciones científicas que á sus retratos morales.

Después de él, casi todos los viajeros nos han calumniado, desde Lovestern y la Sra. Calderón, hasta los escritores y escritoras de la corte de Maximiliano, que especulan con la curiosidad pública, vendiéndola sus sátiras menipeas contra nosotros.

Es la ocasión, pues, de hacer de la bella literatura una arma de defensa. Hay campo, hay riquezas, hay tiempo, es preciso que haya voluntad. Talentos hay en nuestra patria que pueden rivalizar con los que brillan en el Viejo mundo.

Cultivar pueden todos los géneros. Pulsarán con éxito desde la lira de Homero hasta el laúd de los trovadores; manejarán victoriosamente desde el buril de diamante de Tácito y de Xenofonte, hasta la pluma ligera y traviesa de Edison y de Fígaro. Todo es accesible al genio mejicano.

La reunión que asiste á las *veladas literarias*,

es el apostolado del porvenir. Allí se escucha el acento sublime de la oda, la voz vibrante del canto guerrero, las suspirantes notas de la trova amorosa, la voz risueña de la burla. Allí la sátira habla su lenguaje punzador y tremendo, la crítica analiza los monumentos literarios de las naciones extrañas, la novela y la leyenda arrebatan la imaginación. La gloria espía sonriendo á la juventud, señalándola el cielo. La literatura mejicana no puede morir ya. De ese santuario saldrán de nuevo otros profetas de civilización y de progreso, que acabarán la obra de sus predecesores. Entonces los patriarcas de la primera generación, inclinados por el peso de una vejez ilustre, irán á dormir á sus tumbas tranquilos, porque dejan en su patria discípulos dignos que los recordarán con lágrimas y que les tributarán el culto más grato para ellos . . . la imitación de sus trabajos y de sus virtudes.

### III.

La novela es indudablemente la producción literaria que se ve con más gusto por el público, y cuya lectura se hace hoy más popular. Padíerose decir que es el género de literatura más cultivado en el siglo XIX y el artificio con



que los hombres pensadores de nuestra época han logrado hacer descender á las masas doctrinas y opiniones que de otro modo habría sido difícil hacer que aceptasen. La novela hoy no es solamente un estúpido cuento, forjado por una imaginación desordenada que no respeta límites en sus creaciones, con el solo objeto de proporcionar recreo y solaz á los espíritus ociosos, como las absurdas leyendas caballerescas á que vino á dar fin el famosísimo libro de Cervantes. No: la novela hoy ocupa un rango superior, y aunque revestida con las galas y atractivos de la fantasía, es necesario no confundirla con la leyenda antigua, es necesario apartar sus disfraces y buscar en el fondo de ella el hecho histórico, el estudio moral, la doctrina política, el estudio social, la predicación de un partido ó de una secta religiosa: en fin, una intención profundamente filosófica y trascendental en las sociedades modernas. La novela hoy suele ocultar la biblia de un nuevo apóstol ó el programa de un audaz revolucionario.

Hemos dicho que es preciso no confundirla con la leyenda antigua; y esto merece una explicación. Queremos hablar de la leyenda caballerescas de la Edad media, ó de la leyenda fabulosa y exclusivamente sensual de la Grecia; de Roma y del imperio bizantino.

Admiradores nosotros de la sabia antigüedad, y consagrados con empeño al estudio de sus monumentos literarios, no podemos menos de reconocer que es en ellos donde se encuentran las fuentes de la ficción romancesca en todos sus géneros. La novela nació con la literatura entonces, y si no se la ve como se haya cultivada hoy y con la forma que han sabido darla Walter Scott y Richardson, Víctor Hugo y Balzac, Eugenio Stie y Dumas, Alfonso Karr y Dickens, evidentemente el embrión existía, y debe atribuirse á la preferencia que daban los antiguos á los otros géneros de literatura, la circunstancia de no haberse llevado á su completo desarrollo la fábula novelesca.

En efecto, la antigüedad que cultivó hasta la perfección la poesía épica, la poesía dramática, la poesía lírica, el apólogo esópico, la historia y la poesía religiosa, se quedó todavía en la infancia respecto de la novela, y es en la edad moderna y particularmente en nuestros días, cuando este género se ha desarrollado hasta llegar á ser el favorito del pueblo, y hasta ser necesario disfrazar con él todos los otros á fin de vulgarizarlos.

Pero los antiguos lo conocieron, lo cultivaron en lo que cabía brillantemente, y en él, como en todo, pusieron el sello de su poderosa inicia-



tiva. Comprendieron quizás su importancia en el porvenir, y lo que no pudieron adivinar fué, que algún día un invento admirable vendría como á darle un impulso tan decisivo, que dejaría atrás á los otros géneros que sin él habían podido sobresalir.

Ciertamente la imprenta ha sido la verdadera madre del periodismo y de la novela, y no hay dificultad en creerlo así, cuando se reflexiona que sin esa maravillosa invención, ni podría haber periódicos, ni podría tampoco difundirse como se difunde la lectura de esos cuentos ingeniosos que hacen las delicias de todas las clases de la sociedad y que son como el maná de la imaginación.

Los otros géneros de literatura pudieron vivir fácilmente sin la imprenta. La historia se narraba en público, como lo hacía Herodoto con la suya en los circos olímpicos; la poesía épica hacía conocer los prodigios del patriotismo y del valor en las grandes ciudades y en los pueblos pequeños por donde viajaba con la lira de los cantores errantes de la Iliada; la poesía lírica encantaba con sus dulces acentos á la Grecia reunida en sus grandes fiestas, y que escuchaba silenciosa las divinas inspiraciones de Píndaro y de Corina, la poesía dramática agitaba el alma del pueblo con sus terrores subli-

mes, ó le arrancaba ruidosas carcajadas desde las tablas del escenario; la poesía religiosa enseñaba los dogmas sagrados que los Pontífices hacían llegar al pueblo con las melodías del himno en los templos de los dioses; la poesía erótica se trasmitía por la tradición, y se conservaba por la juventud y el amor, que hacían del instinto un libro siempre nuevo; la poesía satírica no necesitaba más que la indignación para vulgarizarse, y la poesía guerrera se aprendía por el entusiasmo y se eternizaba por la gloria.

En cuanto al apólogo de Esopo, la humanidad, que sufría tantas cadenas y que tenía tantos motivos de temor, lo repetía como un anatemático, y lo trasmitía de generación en generación, como una herencia de mofa ó como un grito de venganza contra sus opresores.

Solamente la novela no podía vivir así, y necesitaba de la imprenta para su desarrollo. Pequeños cuentos eran los únicos que podían narrarse por medio de la palabra, y apenas pudieron conservar su existencia aquellos que las nodrizas necesitaban para dormir ó entretener á sus niños. Sin embargo, parece que algunos narradores de historietas ejercían en público esta profesión, como algunos ociosos en las tiendas de los barberos, según Luciano, ó algunos parásitos en los convites, según dice Xenofonte en



la Cyropedia, Horacio en algunas de sus sátiras, Plutarco en el *Banquete de los siete sabios*, Petronio en el *Satyricon* y Apuleyo en las *Metamorfosis*; ó en las calles de Atenas, como lo hacía aquel Philepsius de que habla Aristófanes en su comedia *Plutus*. En fin, éste se cree que fué el origen de las *Fábulas milesias y sibaríticas* que nacieron en Mileto y en Sybaris, dos ciudades famosas por su prostitución, y de las cuales salieron esos cuentos voluptuosos y libres que pronto se popularizaron en la Grecia, que tanto influyeron en la corrupción de las costumbres, que fueron imitados después en Roma con tanto éxito, y aun en los tiempos posteriores y en las naciones cristianas, á juzgar por las *Fabliaux* de los franceses, el *Decamerón* de Boccaccio y los *Cuentos de Lafontaine*.

Pero debemos observar que éstos eran, como lo hemos dicho, pequeños cuentos de amor, compuestos solamente con el objeto de inflamar los sentidos, y cuyas dimensiones no ofrecían dificultad para la tradición oral.

La antigüedad, con todo, privada de la imprenta para desarrollar y vulgarizar la novela filosófica, la novela histórica, la novela social, la novela religiosa, ó no concediéndoles grande atención y preferencia sobre los otros estudios, echó, por decirlo así, los gérmenes que debían

producir en nuestros tiempos tan fecundos resultados.

No permiten las dimensiones de esta revista hacer un estudio prolijo de tal materia, apoyado en citaciones justificativas, que es asunto largo y que llenaría volúmenes enteros; pero indicaremos hoy, aunque someramente y ateniéndonos al juicio de críticos profundos, algunas razones que fundan nuestro aserto.

Sin duda alguna que Herodoto mezcló á su historia multitud de leyendas increíbles y maravillosas, lo cual le trajo desde la antigüedad el renombre de *narrador de fábulas*. No nos metamos en inculparle, porque también es cierto que él escribió lo que oyó contar en sus viajes, trasladando á su historia, que no era una historia filosófica, aquellas tradiciones legendarias que en todo tiempo han sido el sabroso alimento de la imaginación oriental.

Pero la verdad es que la historia de Gyges, que la de Candaulo, la de Intapherno y de su mujer, y aquella del arquitecto del tesoro de Rhamsinit, el incesto de Mycerino y las galanterías de la hija de Cheops, que construyó una pirámide con el dinero de sus amantes, ó son mitos que los antiguos pueblos se transmitieron revestidos con las romanescas galas de la fantasía, ó simples historias que la multitud igno-



rante había desnaturalizado y cuyo verdadero origen permaneció oscurecido para siempre. Pero eso era el embrión de la novela histórica.

Otro tanto puede decirse de las bellísimas narraciones de Ctesias sobre Semíramis y Sardanápalo, que han inspirado á tantos ingenios modernos admirables obras literarias. Aquella gran reina conquistadora, poderosa por su genio y por su energía, terrible por sus pasiones y liviandades; aquel rey famoso por su afeminación y su voluptuosidad, por su lujo y su muerte trágica, ¿no son como los representa Ctesias, dos héroes de novela?

¿En la *Cyropedia* de Xenofonte no podremos vislumbrar la novela histórica y política, ya mejor tramada y con una intención tan filosófica y profunda, que no pudo menos de ser objeto de innumerables estudios en su época y en las posteriores?

Teopompo, con su célebre *Tierra de los Méropes*, llena de hombres y de animales maravillosos, con su *Anostos*, abismo lleno de un aire rojo, y con su *rio del placer* y su *rio de la pena* al borde de los cuales crecen árboles que dan frutos con propiedades análogas á las de esos ríos, ¿no parece el predecesor de las *Mil y una noches* ó de los *Cuentos de hadas*?

La *Atlántida* de Platón, ya que no pueda re-

putarse como la adivinación sorprendente de nuestra América, ¿no es con toda seguridad la novela política, es decir, la alegoría bajo la cual se esconden las atrevidas teorías del innovador que desea hacer aceptar á un pueblo entusiasmado el sistema y los dogmas de un gobierno ideal?

Todas las leyendas griegas sobre Héctor, Ajax y Aquiles, aquellas sobre Alejandro el Grande, que Quinto Curcio no hizo más que coleccionar, ¿no son acaso los orígenes de las leyendas de los Roldanes y de los Amadis; pero también de la novela heróica, de la novela histórica de nuestros días, tal como la vemos á veces en Dumas con sus *Mosqueteros*, en Walter Scott con su *Talismán* y su *Ivanhoe*, y en Fernández y González con su serie de leyendas moriscas y cristianas de España?

Hasta esas narraciones de viaje que en forma romanesca tanto nos encantan hoy, han tenido su origen en los tiempos antiguos. Señalemos en primer lugar la *Odisea*, el viaje de Apolonio de Tyana, el taumaturgo pitagórico que con tan bellos colores y tantas maravillas nos describe Philostrato, las narraciones de todos esos viajes de que nos habla Strabon, condenándolas, por supuesto como fabulosas, aquellas otras que acogía el mismo Diódoro de Sicilia sobre



la *isla afortunada* de que se aprovechó el Tasso en su *Jerusalem*, y tantas otras que sería largo enumerar. Bástenos decir que según vemos en el poema indio *El Ramayana*, es á la más alta antigüedad adonde se remonta el origen de estas narraciones.

A veces nos parecen esos viajes antiguos como el tipo de esos viajes satíricos y maravillosos que con tanta gracia han sabido hacer universales Swifte, Waton y Sterne escribiendo el *Capitán Gulliver*, el *Viaje al país de las monas* y el *Viaje sen'imen'al*.

En cuanto á las novelas religiosas, Mr. de Chateaubriand no ha sido ciertamente el primero que haya escrito una obra con la forma de *Los Mártires*.

Los ingenios modernos han sacado ya mucho partido de los libros santos, y han engalanado con las pompas de su imaginación los asuntos bíblicos; pero no han podido añadirles más belleza ni hacerlos más conmovedores. Las historias de Agar, de Rachel, de Ruth, de Esther, de Judith, conservarán siempre esa frescura, ese perfume, ese tierno sentimiento de la sencillez primitiva, que una fantasía privilegiada puede sobreeargar de adornos y de brillo; pero que no podrá embe-

lecer más. Porque es cierto, los psalmos pierden parafraseándose en las lenguas modernas: ningún poeta podría hacer más patético el libro de Job, ningún historiador podrá narrar el Génesis con más majestad que el inspirado autor de él. Sin embargo ¡qué de asuntos en el Antlguo Testamento! ¡Cuántos en las Actas de los Apóstoles! ¡Cuántos en los primitivos tiempos del cristianismo; en aquellos días de persecución y de prueba, en que el cristiano hacía una arma de su fe, un escudo de su pobreza y una tribuna de su martirio, hasta lograr que cayesen por tierra el paganismo, arraigado por tantos siglos y el cesarismo romano, fundado sobre tantas glorias!

En esos mismos tiempos, ya varios autores emprendieron la novela religiosa, y nos quedan pruebas de ello en las bellísimas páginas de las *Clementinas* y en los libros que escribieron los solitarios de las Tebaidas.

Las novelas amorosas, diremos para concluir, tienen su origen en las *Fábulas milesias*, como lo hemos referido, en las *Metamórfosis* de Apuleyo, en el *Satyricon* de Petronio, libro escrito este último en un hermoso latín, pero cuya impureza repugna como en Apuleyo, teniendo, con todo, el mérito de representar al vivo las costumbres depravadas de la juventud romana que



vivía entre cortesanas y libertos impúdicos entre festines escandalosos y orgías indescribibles. El *Satyricon* es una novela en prosa y verso, delante de la cual los cuentos libertinos de Pigault Lebrun y de Paul de Kock parecen pálidos, pudiendo apenas comparárseles algunos infames libros del tiempo del Directorio en Francia. La *Historia Eubea* de Dion Chrysóstomo, es en cambio una narración graciosa y llena de moralidad, es una pastoral encantadora. La *Teágenes y Clariclea* de Heliodoro ha sido traducida por Amyot, elogiada por Boileau, y era la lectura favorita de Racine. La *Daphnis y Cloé*, que hace todavía las delicias de los jóvenes, es muy conocida para que hablemos de ella. Muchos escritores, según hemos podido ver, querían adivinar en este idilio adorable de autor desconocido, la primera novela de la antigüedad. Es, sin duda, según los críticos, la mejor pastoral; pero ya hemos dicho que databa de tiempos anteriores el origen de la ficción romanesca.

Sólo nos queda que añadir, que ni J. J. Rousseau, ni Goëthe, ni Richardson, son tampoco los primeros que hayan escrito novelas epistolares, y que son los antiguos los iniciadores también de este artificio literario, por el que, lo decimos de paso, tenemos una predilección extraordinaria.

Alciphron había ya escrito sus preciosas *Cartas de pescadores de parásitos y de cortesanos*, y Forneo sus *Cartas eróticas*. Alciphron, sobre todo, es delicioso, y tiene cartas que estarían bien en una novela moderna. En una de ellas se refiere la famosa defensa que hizo Hipérides delante del Areópago, de la hermosa cortesana Phryné, acusada de impiedad, y absuelta cuando la desnudó su defensor y mostró aquella belleza ante los viejos jueces, que idólatras del arte, la consideraron como la obra más bella de los dioses que la Grecia entera acabó por adorar, copiándola en la Venus de Gnido.

Pero dejemos ahora estos orígenes de la literatura romanesca, y atravesemos los siglos de la Edad media y los primeros de la Edad moderna, en los que florecieron esas leyendas, hermosas á veces, pero las más absurdas y fabulosas, á que dió nacimiento la mezcla de barbarie, de galanterías y de heroísmo de aquellos tiempos, y que se llamaron *Libros de caballerías*, más célebres todavía que por ellos mismos, por haber sido la causa de que viniese al mundo una obra admirable y eterna—*el Quijote*. Lleguemos al fin del siglo pasado y á la época presente, en que debe colocarse, en realidad, el apogeo de la novela, y en que se ve de bulto



su inmensa importancia en la civilización y en las costumbres.

Ya Voltaire y Rousseau emprendieron la tarea de popularizar sus teorías filosóficas con la forma novelesca, y dieron verdaderamente desarrollo á la novela filosófica. El primero escribió una serie de historietas en las que disfrazó sus ideas; con tal objeto se aprovechó de todos los recursos de la fantasía: el sentimiento, el ideal, la sátira, la caricatura.

El segundo siguió un sistema diverso. Dotado de mayor sensibilidad y de mayor destreza para manejar los ocultos resortes del corazón humano, escribió obras que tuvieron una reputación universal y causaron una conmoción en el pueblo francés. Rousseau se abrió paso en el corazón de las mujeres con el exquisito sentimiento y preocupaba hondamente los espíritus.

Poco después que estos dos escritores, vino Bernardino de Saint-Pierre con su bellísima creación de *Pablo y Virginia*, en que supo reunir á la frescura é inocencia del idilio, todo el interés del drama y la amargura y tristeza de la elegía. Esta obra incomparable ha obtenido, como las grandes obras del genio, un renombre universal y el privilegio de hacer derramar lágrimas en todos los pueblos civilizados, y donde

quiera que latan generosos pechos y que hay almas tiernas y virtuosas. *Pablo y Virginia* es el ideal de perfección que soñó la antigüedad al producir sus pastorales, á las que faltaba la dulzura de la virtud de estos dos jóvenes amantes, para llegar á la sublimidad.

Casi por este mismo tiempo la Alemania se conmovió por la aparición de las novelas de Goëthe, novelas en que el sentimiento se llevaba á un grado de exaltación que podía producir el extravío. El autor de *Werther* y de *Wilhelm Meister* fundó, por decirlo así, una escuela novelesca, así como fundó con el *Fausto* una escuela poética. Eran los primeros vagidos del romanticismo moderno.

Pero la impresión causada por todas estas obras, tanto francesas como alemanas é inglesas, pronto se olvidó, y aun la literatura romanesca se detuvo en sus progresos á la llegada de la revolución que agitó al mundo á fines del siglo XVIII. Los tremendos rugidos de aquella tempestad todo lo acallaron en derredor suyo, y las grandezas trágicas de la revolución eclipsaron pronto la modesta gloria de la leyenda. El estampido del cañón aturdió á la Europa, y en medio del fragor de aquellos combates ciclópeos apenas se oían los cantos del patriotismo, ó la voz de los tribunos, ó el gemido de las víctimas.